

El Alcance del Transnacionalismo

Riva Kastoryano, Centro de Investigación y estudios internacionales, Paris.

Los acontecimientos del 11 de septiembre trastocaron la imaginación con una intensidad como el ataque mismo. La primera pregunta que la gente se formuló fue ¿Quién cometió tal crimen? Y por consiguiente, ¿Quién fue capaz de llevarlo a cabo? Queda claro que tal “acción” fue el trabajo (es decir, la “obra”) de un grupo bien organizado y con una perfecta coordinación entre sus miembros. Su comportamiento y retórica ejemplifican la definición exacta de transnacionalismo.

El transnacionalismo es un “fenómeno global” que toma en cuenta el contexto de la globalización y la incertidumbre económica que facilita la construcción de redes en todo el mundo. Su institucionalización requiere una coordinación de actividades basadas generalmente en referencias –objetivas y subjetivas- y en intereses comunes entre sus miembros; una coordinación de recursos, información, tecnología y sitios de poder social a través de las fronteras nacionales para propósitos económicos, políticos y culturales. El aumento de la movilidad y el desarrollo de la comunicación han intensificado dichas relaciones transfronterizas, dirigiendo a movimientos sociales y políticos más allá de las fronteras.

El modo de acción del transnacionalismo es desterritorializar. La retórica de movilización vuelve a centralizar, de una manera antiterritorial, identidades que han sido fragmentadas dentro de un contexto de nación-estado. Desde esta perspectiva, la referencia nacional proporciona antecedentes étnicos que revelan la “heterogeneidad cultural”; como es el caso del nacionalismo minoritario y la

diáspora. Para el Islam, la retórica de “Umma” (la Comunidad Musulmana unificada a nivel mundial), que se reinterpreta de tal manera que enmarca toda la diversidad nacional, tal como imaginamos una comunidad “política”, rompiendo con su definición religiosa.

Por lo tanto, el transnacionalismo aparece como un nuevo tipo de nacionalismo. Sin embargo difiere del nacionalismo de la diáspora. El nacionalismo de la diáspora contemporáneo puede transformarse en movimientos de “reterritorialización” y de estado. El nacionalismo transnacional toma forma después que el nacionalismo y la nación-estado se vuelven realidad. También puede extender el nacionalismo estatal a nuevas formas, produciendo discursos excluyentes sobre la base de la admisión nacional “desterritorializada”, tal como lo requiere la interpretación del “Umma”. Por consiguiente, el nacionalismo transnacional surge como una especie de comunitarismo mundial que recrea las características cruciales del nacionalismo más allá de las fronteras. No hace reclamos en nombre de la autodeterminación territorial. Origina nuevas relaciones de poder con los estados, los cuales participan simultáneamente en el proceso de globalización mediante la economía y la cultura. En consecuencia, existe una paradoja: el nacionalismo transnacional cuestiona antiguas nociones históricas sobre el territorio y las fronteras nacionales - es decir, la nación-estado per se, pero al mismo tiempo se sitúa en dirección a los estados y sobre estos.

Los sucesos del 11 de septiembre ilustran dicho nacionalismo transnacional: el ataque terrorista tenía como objetivo símbolos del poder (de la economía global) en el territorio norteamericano. Eluden el papel de actores transnacionales en la realización de dicho transnacionalismo. Estos actores están altamente instruidos e

“integrados” en una sociedad de resistencia. A menudo, se encuentran “integrados social e institucionalmente”, otras jurídicamente (de manera imperceptible) a través de la naturalización – siempre que mantengan sólidos vínculos con su país de origen y con una red con la cual se identifiquen y en cuyo nombre actúen. Su acción se encuentra inevitablemente relacionada con su habilidad para participar en, por lo menos, dos áreas políticas, sociales y culturales, desafiando el equilibrio entre la política cultural y el territorio de nación-estado. Por lo tanto, los actores transnacionales interactúan en un nuevo espacio mundial donde las especificidades políticas y culturales de diversas sociedades se combinan con actividades emergentes de múltiples niveles y naciones.

De ese modo, el nacionalismo transnacional crea nuevas expresiones de pertenencia y compromiso político, así como una “nación desterritorializada comprensiva.” Podemos ver este fenómeno entre las comunidades inmigrantes que actualmente se establecen en Europa Occidental, especialmente entre los musulmanes. Los inmigrantes musulmanes participan en la preparación de profesionales transfronterizos u otras redes que cubren el espacio europeo como una telaraña. Sus prácticas han ejemplificado el transnacionalismo durante las últimas décadas. Efectivamente, dentro de Europa definida como un espacio sin fronteras internas donde –de acuerdo con la Ley Única Europea de 1986- “el espacio de la libre circulación de bienes, de capital y de propiedad se encuentra protegida”- un número importante de redes transnacionales, algunas formales, otras informales, algunas basadas en la identidad, otras en intereses o en ambos, actúan más allá de las fronteras de los estados miembros. Algunas redes surgen de iniciativas locales en los países de inmigración, otras de los países de origen o mediante

organizaciones internacionales formales o informales (como las religiosas). Otras son fomentadas por instituciones supranacionales europeas (el Parlamento Europeo o la Comisión Europea) las cuales guiadas por la lógica de los reglamentos y la armonía judicial y política que imponen a las naciones-estado, han fomentado una estructura global y han orientado para definir una base común para la red de inmigrantes. Asimismo, han intervenido en la definición de criterios en los cuales dicha comunidad debería confiar, y han ayudado a los actores a encontrar un común denominador que se encargue de los reclamos a un nivel que va más allá de las relaciones con las naciones-estado.

En realidad, existen identidades que constituyen la cadena de enlace de una red transnacional. El criterio principal parece ser una etnia emergente en Europa, la cual encuentra una base común en el Islam como identidad principal que proporciona una base para una organización que trasciende a las naciones y a los estados con una identificación común y la experiencia de ser Musulmán en Europa.

La masiva presencia musulmana en Europa data de las migraciones de la década del sesenta cuando, con el fin de la colonización, Francia, Gran Bretaña, así como Alemania, Suiza y Bélgica competían por la mano de obra barata con el fin de acelerar su crecimiento económico. Los musulmanes en Europa son tan diversos como los cristianos en nacionalidad, idioma, etnia e incluso en denominación (sunitas, chiitas o alauitas). Existen aproximadamente trece millones y se establecen en casi todos los países europeos (miembros de La Unión y en otros, como Suiza por ejemplo). La lealtad a sus estados de origen y por lo tanto a sus identidades nacionales, caracteriza las relaciones sociales y étnicas entre las poblaciones

musulmanas en Europa y limita sus fronteras de identidad. Dentro de los grupos nacionales, las sectas, fraternidades, credos regionales e ideologías políticas, proporcionan repertorios de identidad para organizaciones de comunidad especializadas en la enseñanza de idiomas, folklore o religión. Dichas organizaciones, sujetas a políticas de inmigración y a la legislación concerniente a actividades sociales de inmigrantes en los países que los acogen, han proliferado desde la década del ochenta en todos los países europeos.

Desde entonces, el Islam se ha convertido en una importante fuerza política en Europa Occidental. Incluso si se fragmenta, representa una fuerza unificadora entre los inmigrantes musulmanes para definir una identidad colectiva e intereses comunes. La opinión pública refleja el difícil proceso de asimilación a una religión, el Islam, al cuestionar su compatibilidad con occidente y su habilidad para adoptar valores occidentales “universales”- aunque la mayoría de inmigrantes de procedencia musulmana se autodefine como seculares. Pero por un lado, la ausencia de la religión en los proyectos políticos de la Unión Europea y por otro, la abundancia de recursos que las instituciones europeas asignan a las actividades sociales (no religiosas), han llevado a las organizaciones religiosas (de manera simultánea en cualquier lugar en que se concentren los musulmanes) a extender sus redes del nivel local al nacional y transnacional, al igual que las asociaciones seculares. Esta situación lleva a los países de origen y, en algunos casos, a organizaciones Musulmanas internacionales al sistema. Si bien las redes de organizaciones culturales (seculares) reciben apoyo de instituciones europeas por propósitos democráticos, las organizaciones musulmanas tienen recursos en los países de origen (instituciones oficiales y no oficiales), o en organizaciones islámicas

internacionales o en ambas, por propósitos de identidad. En cuanto a las estrategias que están detrás de este apoyo, encontramos aquellas que defienden los intereses de los inmigrantes, fomentan el Islam y aseguran su expansión extraterritorial, más específicamente en el mundo occidental. Ellos financian actividades que trascienden divisiones lingüísticas, étnicas, nacionales y divergencias religiosas, su objetivo es promover una identificación común: ser musulmán en Europa.

Sin embargo, la coordinación de estas diversas organizaciones para promover un Islam transnacional no resulta una tarea fácil. El proceso debe tomar en cuenta tanto los asuntos prácticos como los teológicos. El problema para algunos es la verdad religiosa y los miembros (creyentes) de una comunidad musulmana. Las organizaciones que se presentan a sí mismas como multinacionales debido a que representan diferentes nacionalidades y como transnacionales, puesto que están establecidas en casi todos los países europeos, se apoderan de la organización de dicha diversidad. El mejor ejemplo es el Jammaat-Tabligh (Fe y Práctica), una organización India establecida primero en Gran Bretaña y que se ha expandido desde 1960 a diversas ciudades europeas, mediante el envío de misioneros que aseguran la fidelidad de los creyentes. Sus líderes proclaman un Islam pacifista. Ellos alientan a sus miembros a “ser buenos ciudadanos”, y evitar discusiones políticas, “porque”, como dice su representante francés, “la política divide al Islam”. Tales discursos contradicen a aquellas principales organizaciones islámicas las cuales son expresión de la fuerza política del Islam en el sistema mundial. Sin embargo, su influencia está limitada al partido que representan, el cual está generalmente limitado a miembros de la misma nacionalidad. Los ejemplos del SIF, el GIA (Argelia) y el Partido de la Prosperidad o Virtud (Turquía) ilustran este

modelo, pero constituyen un fenómeno marginal, aún cuando sus organizaciones se conviertan en un “Santuario” para activistas islámicos que escapan del régimen de sus países contra los que ellos pelean.

Por ende, el Islam en Europa busca la unidad en su diversidad y dispersión. La falta de una estructura representativa en occidente refuerza la búsqueda de solidaridad sobre una base religiosa. La legitimidad de una comunidad musulmana transnacional para su líder y sus miembros, se basa en el reconocimiento del Islam en Europa. De ese modo, la elaboración de estructuras transnacionales, revela diversas referencias y lealtades, al país que lo acoge, al país de origen y a Europa mediante una comunidad transnacional creada. Aunque los inmigrantes sean ciudadanos o no, su lealtad al país que lo acoge proviene de compartir las instituciones sociales y políticas. El país de origen, a pesar de su heterogeneidad étnica y cultural brinda apoyo emocional y recursos de identidad. Una comunidad transnacional que combine ambas, representa un nuevo modelo de compromiso que origina la formación de una identidad transnacional como inspiración para acciones políticas y como un instrumento para propósitos religiosos y culturales, que trascienden las fronteras.

Desde esta perspectiva, el Islam en Europa busca una base legal para reforzar y justificar su especificidad y ganar poder para sus representantes. A pesar de la influencia en el país de origen y en el que lo acoge, así como el control de las organizaciones internacionales islámicas, los musulmanes en Europa se orientan y dirigen la acción de su política más específicamente a la Unión Europea. El objetivo declarado es obtener representación dentro de las instituciones de la Comunidad

Europea como cualquier otro grupo de presión o lobby desarrollado en la interacción con las organizaciones supranacionales europeas. Sin embargo, el objetivo práctico es ganar reconocimiento a nivel nacional, es decir, mediante la condición de inmigrante, la cual define el límite de su legitimidad.

Es así como se observa una vez más la paradoja de la transnacionalidad. La solidaridad transnacional generalmente apunta a influir a los estados desde afuera. La estrategia nos hace recordar la formación minoritaria; una minoría religiosa que busca reconocimiento en toda Europa mediante la Convención Europea de Derechos Humanos, asimismo, busca la formulación de una ley sobre esta base de la misma manera que las identidades regionales actualmente obtienen privilegios de identidad a la vista de los estados. Asimismo, a nivel nacional, “la minoría” expresa y muestra una multiplicidad de pertenencia y lealtad. El nacionalismo transnacional conduce en cualquier caso a una expresión institucional de gran multiplicidad y a relaciones multidimensionales que incluyen el estado de residencia, la nación de origen, los musulmanes como una minoría en toda Europa y como miembros de un “Umma mundial”.

Sin embargo, es importante observar que la identificación con el mundo musulmán en general no significa una identificación necesaria con el mundo árabe. Las actitudes hacia los conflictos internacionales a menudo son puntos de demarcación. Por ejemplo, se puede observar las tensiones británicas entre la identidad árabe, específicamente, y la identidad musulmana, de manera más general. La mayoría de musulmanes británicos no hablan el idioma árabe y no es probable que se identifiquen políticamente con las versiones seculares o religiosas del nacionalismo

árabe; al mismo tiempo acciones políticas de enfoque islámico tienden a ser llevadas a cabo por intelectuales musulmanes del Medio Oriente (Egipto, Irak, Arabia Saudita). Sin embargo, Francia es un caso un tanto diferente. La Intifada y la Guerra del Golfo despertaron entre los musulmanes sólidos sentimientos de simpatía por el mundo árabe. La guerra de Serbio-Bosnia originó una gran identificación de los turcos con los bosnios debido a la proximidad geográfica y a las conexiones históricas reinterpretadas. Pero todos ellos se perciben como víctimas de Occidente. Actualmente, se está trazando un nuevo tipo de área geográfica para los musulmanes en Europa lo cual no sólo define una identidad musulmana sino que también crea solidaridades y cada una de estas son vistas como justificadas por las políticas e intervenciones occidentales.

Los acontecimientos del 11 de septiembre, pueden ser vistos como una continuación y elaboración del nacionalismo transnacional. Queda claro que el terrorismo no es intrínseco al nacionalismo transnacional. Pero los terroristas, efectivamente, están organizados transnacionalmente. El 11 de septiembre no fue el primer ejemplo internacional del terror transnacional, aún cuando el uso retórico de cultura e identidad lo hacen parecer como nuevo. Las diversas interpretaciones del 11 de septiembre revelan todas las paradojas del transnacionalismo en sí:

- a) su combinación de niveles (local, regional, nacional y mundial);
- b) sus objetivos ambiguos que incluyen la reterritorialización del poder (en Medio Oriente o en Arabia Saudita) con la acción desterritorializada.
- c) Su reimaginación retórica de “Umma” (o una versión de Umma) en oposición al occidente, aún cuando muchos de los líderes transnacionales de Umma estudiaron en occidente y ahí adquirieron tanto el saber hacer como las

herramientas políticas con el fin de interactuar con los estados y mediante el cual se han “asimilado políticamente”.

¿Los ataques del 11 de septiembre inducirán a los estados a adoptar nuevos modos transnacionales de acción? No existe una respuesta simple a esta pregunta puesto que implica que los estados deben, al menos en parte, verse como actores transnacionales sin estado coordinando sus propios intereses y estrategias más allá de simples alianzas anticuadas, en una era “globalizante”. Si ellos no lo hacen, entonces debemos preguntarnos si los estilos antiguos de conflicto armado responden al nuevo uso (terrorista) de herramientas transnacionales. Nuevamente, nos encontramos con paradojas. Los estados conservan “la fuerza de manejo” de la globalización. Acceden simultáneamente a normas supranacionales mientras conservan su autonomía. Continúan siendo actores dominantes de negociación, afirmando y definiendo sus propios intereses en las relaciones nacionales e internacionales. Sin embargo, la “nación” aquí mantiene su relevancia como unidad emocional prevaleciente de identificación, y para la movilización y resistencia, de igual manera que la nación se encuentra en la base de cualquier empresa transnacional. De este modo, los estados continúan siendo la unidad modelo en el proceso de globalización, el cual toma la capacidad estatal “para negociar” dentro y fuera como esencial. Pero al mismo tiempo los estados tendrán que idear nuevas formas de actuación y adaptarse, tanto estructural como institucionalmente, a las nuevas realidades. En resumen, el alcance del transnacionalismo acentúa los desafíos contradictorios que enfrentan los estados en la era de la globalización.

Traducido por Lourdes Miranda

The Reach of Transnationalism

Riva Kastoryano, Center for International Studies and Research, Paris

September 11 shook the imagination with an intensity like the attack itself. The first question people asked was Who would commit such a crime? Tied to this was another question: who was capable of carrying it out? Obviously, such an “action” was the work (indeed the “œuvre”) of a well organized group with a great coordination among its members. Its behavior and rhetoric exemplify the very definition of transnationalism.

Transnationalism is a “global phenomenon”. It takes into account the context of globalization and economic uncertainty that facilitates the construction of world wide networks. Its institutionalization requires a coordination of activities based most of the time on common references – objective or subjective – and common interest among members; a coordination of resources, information, technology and sites of social power across national borders for political, cultural, economic purposes. Increasing mobility and the development of communication have intensified such transborder relations, leading to social and political mobilizations beyond boundaries.

The mode of action of transnationalism is de-territorialized. The rhetoric of mobilization recentralizes, in a non-territorial way, identities that have become fragmented within the nation-state context. In this perspective, the national reference provides an ethnic background that brings out “cultural heterogeneity”; such is the case of minority nationalism and diaspora mobilization. For Islam, the rhetoric of “Umma”, that is, worldwide unified Muslim community, reinterpreted in such a way that reframes all national diversity as one imagined “political” community, getting away from its religious definition.

Therefore transnationalism appears as a new type of nationalism. It differs however, from diaspora nationalism. Contemporary diaspora nationalism may transform into movements for “re-territorialization” and statehood. Transnational nationalism takes form after nationalism and nation-states have become realities; it may extend state nationalism in new ways, producing exclusionist discourses based on national membership that is “de-territorialized”, such as what is required by the interpretation of the “Umma”. Transnational nationalism arises therefore as a species of globalizing communitarianism that reinvents crucial features of nationalism beyond boundaries. It does not make claims on behalf of territorial self-determination. It fashions new power relationships with states which are concurrently engaging the process of globalization through economy and culture. Thus a paradox: transnational nationalism challenges older historical notions of territory and national boundaries – indeed, the nation-state per se, but at the same time it situates itself towards and over states.

The events of September 11th illustrate such a transnational nationalism: The terrorist attack targeted symbols of power (of global economy) on American territory. They elucidate the role of transnational actors in the realization of such a transnationalism. These actors are highly educated and “integrated” into a society of residence. They often are “socially and institutionally assimilated”, sometimes juridically invisible through naturalization – all while they keep strong ties to their home country and to a network with which they identify themselves and on whose

behalf they act. Their action is inevitably bound up with their ability to participate in at least two social, cultural and political arenas, challenging the balance between culture politics and territory of nation-states. Transnational actors interact therefore in a new global space where cultural and political specificities of multiple national societies are combined with emerging multilevel and multinational activities.

Thus, transnational nationalism creates new expressions of belonging and political engagement as well as a “de-territorialized” understanding “nation”. One can see this phenomenon among immigrant communities that are now settled in Western Europe, especially among the Muslim. Muslim immigrants participate in the elaboration of transborder professional or other networks covering the European space like a spider’s web. Their practices have exemplified transnationalism for the last several decades. In fact, within Europe defined as a space without internal frontiers in which – according to the Single European Act of 1986 – “the space of the free movement of goods, of property and capital is safeguarded”, important numbers of transnational networks, some formal, some informal, some based on identity, some on interest, some often on both, act beyond the borders of the member states. Some networks arise from local initiatives in countries of immigration, others from the country of origin, or through formal or informal international organizations (such as religious ones). Others are in fact encouraged by European supranational institutions (the European Parliament or the European Commission) which, guided by the logic of regulation and political and juridical harmonization which they impose on nation-states, have encouraged a global structure and moved forward to define a common platform to the immigrants’ network. They have also intervened in the definition of criteria on which such a community should rely, and helped the actors to find a common denominator to deal with claims at a level beyond relations with the nation states.

In reality there are identities that constitute the chain link of a transnational network. The main criterion appears to be an emergent ethnicity in Europe which finds a common ground in Islam as a core identity, providing a basis for a trans-state and transnational organization with common identification and experience of being Muslim in Europe.

The massive Muslim presence in Europe goes back to the migrations of the 1960s when, with the end of colonization, France, Great-Britain, but also Germany, Switzerland, and Belgium were competing for cheap labor in order to accelerate their economic growth. Muslims in Europe are as diverse as Christians in nationality, language, ethnicity and even in denomination (Sunnites, Shiites, or Alawites). There are approximately 13 million. They are settled in almost all European countries (members of the Union and beyond, such as in Switzerland for example). Loyalties to their home state, therefore to national identities, characterize social and ethnic relations among Muslim populations in Europe and limit their identity boundaries. Within the national groups, sects, brotherhood and regional allegiances and political ideologies provide identity repertoires for community organizations specialized in language teaching, folklore, or religion. Such organizations, subject to immigration policies and to legislation concerning social activities of migrants in host countries, have proliferated since the 1980s in all European countries.

Since then, Islam has become an important political force in Western Europe. Even if fragmented, it represents a unifying impulse among Muslim immigrants to define a

collective identity and common interests. Public opinion projects the difficult process of assimilation into a religion, Islam, by questioning its compatibility with the West and its ability to adopt Western “universal” values – although most of the immigrants from a Muslim background define themselves as secular. But the absence of religion from the political projects of the European Union, on the one hand, and the abundance of resources that European institutions allocate to social activities (non-religious) on the other, have led religious organizations, concurrently wherever Muslims are concentrated, to extend their networks from the local to the national and transnational levels, similar to secular associations. This situation brings the countries of origin and, in some cases, international Muslim organizations, into the system. While cultural (secular) organizations’ networks are supported by European institutions for democratic purposes, Muslim organizations have recourse to the countries of origin (official or unofficial institutions), or to international Islamic organizations or both for identity purposes. As for the strategies behind these supports, they are to defend the interest of the migrants and to promote Islam, and to ensure its extra-territorial expansion, more specifically in the Western World. They finance activities that transcend national, ethnic, linguistic cleavages, and religious divergences. Their objective is to promote a common identification: to be Muslim in Europe.

But the coordination of these various organizations to promote a transnational Islam is not an easy task. The process has to take into consideration practical as well as theological issues. The matter for some is the religious truth and the members (believers) of a Muslim community. Organizations which present themselves as multi-national because they represent different nationalities, and transnational because they are established in almost every European country, take over the organization of such a diversity. The best example is the Jammaat-Tabligh (Faith and Practice), an Indian organization first established in Great-Britain, which has expanded since 1960 to different European cities by sending missionaries to ensure the loyalty of the believers. Their leaders proclaim a peaceful Islam. They push their members to be “good citizens”, and eschew political discussion, “because” says its French representative, “politics split (divide) Islam”. Such discourses contradict those of mainly Islamist organizations which give expression to the political force of Islam in the world system. Their influence is nevertheless limited to the party they represent, which is itself usually limited to members of the same nationality. The examples of the SIF and GIA (Algeria), and the Party of Prosperity or Virtue (Turkey) illustrate this pattern but they constitute a marginal phenomenon, even though their organizations becomes a “sanctuary” for Islamist activists fleeing the regime of their country against which they are fighting.

Thus Islam in Europe is seeking unity in its diversity and dispersion. The lack of any representative structure in the West reinforces the search for solidarity on a religious basis. The legitimacy of a transnational Muslim community for its leader and members lies in the recognition of Islam in Europe. The elaboration of transnational structures thus reveals multiple references, and multiple allegiance: to the host country, to the home country and to Europe through a constructed transnational community. Whether immigrants are citizens or not, their loyalty to the host country comes from sharing the social and political institutions. The home country, despite its cultural and ethnic heterogeneity, provides emotional support and identity resources. A transnational community combining the two represents a new reference of involvement giving rise to the formation of a transnational identity as inspiration for

political action and as an instrument for cultural and religious purposes beyond boundaries.

In this perspective, Islam in Europe looks for a legal basis to reinforce and legitimate its specificity and gain power for its representatives. Despite the influence of host and home countries and the grasp of the international Islamic organizations, Muslims in Europe are orienting themselves – their political action towards Europe, more specifically towards the European Union. The declared aim is to obtain representation within the institutions of the European Community, like any other pressure group or lobby developed in interaction with European supranational institutions. The practical goal however is to gain recognition at the national level, that is, by the state of immigration which defines the limit of their legitimacy.

Hence once again one can see the paradox of transnationality. Transnational solidarity generally aims to influence states from outside. The strategy reminds one of minority formation; a religious minority that looks for a recognition at the European level by the European Convention of Human Rights and for the formulation of a law on this basis in the same way that regional identities now get identity privileges in the view of the states. Like on a national level, the “minority” expresses and shows a multiplicity of belonging and loyalty. Transnational nationalism leads, in any case, to an institutional expression of such a multiplicity and to multidimensional linkages which include the state of residence, the nation of origin, the Muslims as a cross-European minority and as members of a “global Umma”. It is important to note however, that identification with the Muslim world in general does not mean necessary identification with the Arab world. Attitudes towards international conflicts are often points of demarcation. For instance, one can observe in Britain tensions between specifically Arab and more general Muslim identities. Most British Muslims are not Arabic speaking and are not likely to identify politically with religious or secular versions of Arab nationalism; at the same time Islam-focused political actions tend to be led by Muslim intellectuals from the Middle East (Egypt, Iraq, Saudi Arabia). France, however, provides a somewhat different case. The Intifada and the Gulf war aroused among Muslims there strong feelings of sympathy for the Arab world. The Serbo-Bosnian war created a greater identification of Turks with Bosnians because of geographical proximity and reinterpreted historical links. But they all perceive themselves as victimized by the West. A new type of geographical area is now being drawn for Muslims in Europe which not only defines a Muslim identity but creates solidarities and these in turn are seen as justified by Western policies and interventions.

The events of September 11, can be seen as a continuation and elaboration of transnational nationalism. Terrorism is, of course, not intrinsic to transnational nationalism. But terrorists are in fact organized transnationally. September 11 was not the first instance of transnational terror, even though the rhetorical use of culture and identity make it look new. The various interpretations of September 11 reveal all the paradoxes of transnationalism itself:

- a) its combination of levels (local, national, regional, and global);
- b) its ambiguous aims, which include re-territorialization of power (in the Middle-East or Saudi Arabia) with de-derritorialized action;

c) its rhetorical reimagination of "Umma" (or a version of Umma) in opposition to the West – even though many of the transnational Umma leaders studied in the West, and there acquired both the know-how and political tools in order to interact with states and through which they have been politically “acculturated”.

Will the attacks of September 11 induce states to fashion new, transnational modes of action? There is no simple answer to this question since it implies that states might, at least partly, imagine themselves as non-state transnational actors, coordinating their own interests and strategies beyond simple, old-style alliances in a “globalizing” age. If they do not do so, then we must ask if old styles of warfare respond to the new (terrorist) use of transnational tools. Again, we find ourselves with paradoxes. States remain the “driving force” of globalization. They concurrently accede to supranational norms while maintaining their autonomy. They continue to be the dominant actors of negotiation, asserting and defining their own interests in international relations and domestically. But the "nation" here retains its relevance as the prevailing emotional unit of identification, and for mobilization and resistance, just like the nation is at the basis of any transnational enterprise. So states will remain the model unit in the process of globalization, which takes state capacity “to negotiate” within and without as essential. But at the same time, states will have to imagine new ways of acting, and adapt, both structurally and institutionally, to the new realities. In short, the reach of transnationalism accentuates the contradictory challenges faced by states in the age of globalization.